

Octava carta abierta al pueblo de Maranatha

Sobre nuestra memoria histórica

Alguno de mis cercanos me ha criticado la dureza que he mostrado en varias cartas anteriores dirigidas al pueblo de Maranatha. Otros, por el contrario, consideran que es necesario llegar hasta el fondo y desenmascarar todas las actitudes que nos están haciendo daño, sean de la parte que sean. Yo suelo contestar a ambos que no deben ver, bajo lo que se dice, a persona alguna sino que de lo que se trata es de fidelidad a unos principios. Es evidente, ¿quién se va a mojar y meter hasta el fondo en un enfrentamiento con amigos y compañeros por una simple diferencia de ideas o por algún tipo de malquerencia? Malo sería que cayéramos en semejantes frivolidades. ¿Tanto sufrimiento para tan poco fuste? No. Es cierto que se trata de llegar al fondo, pero al fondo de la fidelidad.

Otros me acusan de constituirme en maestro y, a veces, lo hago yo mismo. Pienso de mí: ¿no estarías mejor callado cuidando un poco más de tu salud? Confieso que tengo tentaciones de callarme, pero hay algo dentro de mí que me lo impide. Si lo hiciera me sentiría traidor, pecaría de omisión, no haría fructificar lo que se me ha dado y, lo que es peor, perdería intimidad y confianza con mi Señor Jesucristo. Al escribir, le siento muy cercano, como si estuviera haciendo oración. Sin él yo me sentiría muy solo aunque estuviera rodeado de gente. La soledad no se arregla con compañía sino con intimidad. Pues bien, el Señor me regala mucha intimidad al escribir estas cartas, lo cual, además de ser un gran aliciente, me cerciora de que a él no le desagradan.

El tema de esta carta viene sugerido por la reciente separación de un grupo de miembros de este pueblo de Maranatha. Se acaba de llevar a cabo y todavía sangra el corazón. No habrá más remedio que asumirlo y seguir adelante. Ellos consideran que la Renovación hay que llevarla de otra manera y tienen, por supuesto, derecho a disentir. Han formado un grupo nuevo y piensan desde él seguir siendo fieles a la llamada del Señor. Les deseamos la mejor de todas las venturas y el mayor crecimiento en el Espíritu que les sea posible. Lo que se va a decir en esta carta está, pues, fuera de toda controversia, y sólo tiene la intención de afianzar a los que permanecen en Maranatha y a todos los que se sientan afines, aunque estén en otros grupos, en la solidez de su doctrina y experiencia.

Motivado por esta desunión quiero reflexionar en lo importante que es profundizar en la memoria histórica de la comunidad donde nos ha llamado el Señor, en este caso Maranatha. El concepto de memoria histórica no es político,

aunque se utilice tanto ahora; los políticos lo han plagiado de la teología que, desde hace más de doscientos años, habla de ello al tratar el tema del Jesús histórico y sus relaciones con el Cristo de la fe. ¿Se puede prescindir del Cristo histórico, el que pasó por este mundo? No, responde la teología. Si lo hiciéramos, el Cristo de la fe sería un mito desencarnado. La memoria, pues, o recuerdo histórico del Jesús que pasó por este mundo, es imprescindible.

Lo mismo nos podíamos preguntar con respecto a Maranatha: ¿podemos prescindir de su historia y vivir una fe por lo libre, nueva cada día? Con otras palabras: ¿Es necesario apelar al pasado y a la tradición de este pueblo? ¿La fe que celebramos y compartimos en Maranatha es histórica o ajena a toda tradición? Quiero aclarar que al hablar de Maranatha me refiero a toda la Renovación carismática y de una manera especial a los grupos más afines; lo formulo así porque me resulta más concreto y cercano. Si no es histórica quedamos libres del pasado pero si lo es estamos obligados a ser fieles a lo que se nos ha transmitido. Si aceptamos esto último, el conocimiento de lo revelado y predicado en Maranatha a lo largo de los años sería condición *sine qua non* para estar en un camino de fidelidad.

La tentación de la gente más joven, de los que han llegado a este pueblo más tardíamente, es que la apelación al pasado no es necesaria. Se muestran, por ello, más dispuestos a cualquier tipo de cambio y no ven ninguna traición. Los antiguos, en cambio, sentimos con claridad que estamos inmersos en un proceso, que hay una llamada muy concreta, que somos dirigidos y caminamos hacia alguna parte. Nuestra fe es, por tanto, histórica, caminamos hacia un futuro alimentados por un pasado que continúa siendo real. La realidad del pasado, los hechos históricos, la sabiduría revelada en este pueblo es parte de nuestra identidad. Es una fe como la del pueblo de Israel, es decir, somos guiados por la esperanza de que se cumpla una promesa, pero no a ciegas, sino con la garantía de los prodigios pasados.

En efecto, esta esperanza dinamiza todo lo que hacemos los miércoles en nuestras reuniones. Nos llamamos *Maranatha*, que significa: “Ven, Señor”. Se trata de que venga hoy pero también al final, para que dé sentido a todo. Somos un pueblo escatológico dentro de una Iglesia escatológica. No tenemos vocación de perpetuarnos sino de fermento dentro de una Iglesia con la que culminaremos el futuro. Por lo tanto, siempre en marcha, con el futuro como dimensión más atractiva. Ahí nos espera el Señor, ahí se dará la plenitud.

Ahora bien, el pasado no ha sido una mentira sino una siembra. No debe coaccionarnos la nostalgia del pasado, debe servirnos más bien de anclaje en la realidad, aportándonos la seguridad de que el Señor nos lleva, de que nos conduce por un camino que él sólo conoce. La Iglesia, en el Vaticano II, se ha dado esta autoconciencia a sí misma, presentándose con una cara renovada. Antes del Concilio, pensaba de sí en términos de sociedad perfecta, si queremos,

de comunidad, apelando a la comunión de los santos, siempre desde una visión estática y vertical no lineal. El Vaticano superó esta visión definiéndose como pueblo en marcha, en busca de un futuro, camino de la parusía, es decir, de la aparición gloriosa del Señor al final de los tiempos. Este caminar se identifica con su crecimiento. Son dos los conceptos básicos en los que la Iglesia apoya actualmente su identidad: esperanza y comunión. La Renovación se incrusta de lleno en estas dos perspectivas sirviendo como punta de lanza al quehacer y al cambio de mentalidad de todo el conjunto de los fieles.

Esta nueva mentalidad, en la que son pioneros todos los grandes movimientos posconciliares, considera esencial el tema de la memoria histórica para no desvirtuar los contenidos identitarios más sagrados. En Maranatha nos debe servir para cuatro cosas:

1) Alabanza

Nuestra memoria histórica nos debe ayudar a no reducir nuestra oración y alabanza a fórmulas puramente simbólicas y rituales que siempre son estáticas, románticas o individualistas. Debemos mantener en ella la tensión escatológica a la que hace alusión nuestro nombre: “Ven, Señor Jesús”. La alabanza no debe salirse de nuestra realidad histórica y comunitaria. No somos un grupo de alumbrados o extáticos, somos un pueblo que camina. Nuestras canciones deben expresar el anhelo de la llegada, la dureza de la ruta, la seguridad de la paz y victoria final en Jesucristo. Caminamos hacia alguna parte y el amor que se expresa es el del encuentro, el de la plenitud deseada, el de una esperanza ya real aunque todavía no consumada. A partir del Vaticano II muchas de las canciones de Iglesia nos hablan de ese caminar por el desierto hacia una patria a la que el pueblo se dirige¹. Eso es lo que se llama tensión escatológica que no es otra cosa que deseo de llegar a la tierra prometida. El que va a orar a Maranatha sin esta mentalidad terminará por encontrar raras bastantes cosas y las querrá cambiar.

Una alabanza en lenguas, por ejemplo, no puede mantenerse sino es desde una comunidad que sabe hacia dónde camina. Es el cántico nuevo del hombre renovado. Sólo el hombre nuevo conoce el cántico nuevo. El que ha accedido a la vida nueva conoce el cántico nuevo. Cantar es expresión de alegría y de amor. El hombre nuevo, el cántico nuevo, el testamento nuevo: todo

¹ “No podemos caminar”, “Juntos como hermanos... vamos caminando al encuentro del Señor”, “Iglesia peregrina”.

pertenece al reino nuevo. Por eso el hombre nuevo cantará el cántico nuevo, porque ha entrado en el testamento nuevo ².

Maranatha es un pueblo que destaca por su alabanza y por su canto en lenguas. Es uno de los grandes dones recibidos y fomentados durante años. Expresa el don y la alegría interior que sólo es posible cuando se está vivo y lleno de esperanza. Un pueblo muerto y no salvado no siente atractivo por el canto nuevo sino por la lamentación vieja. Orar en lenguas es preludiar una forma de expresión que no se parece a la de este mundo. Es el canto de los que están llegando a la meta, a la otra orilla.

San Agustín para explicar el orar en lenguas lo compara a los gritos de los segadores y vendimiadores. Son gritos de esperanza y de una promesa soñada y realizada, ya que la cosecha tiene razón de fin, hacia el que se ha caminado. Estos hombres en presencia de una gran cosecha se ponen a cantar y, según se va encendiendo su emoción, dejan los vocablos normales para pasar a otra forma de expresión como cuando el equipo de casa mete un gol al contrario. A nadie se le ocurre dictar una conferencia después del gol sino gritar, levantar las manos y abrazarse unos a otros por la alegría. La gente cuando se habla de las lenguas más bien cree que son excentricidades de pirados fuera de la realidad. Al que no es aficionado le parece ridícula la alegría del gol y al que no tiene el don le parece ridícula dicha oración en lenguas; sin embargo, ambas tienen un sentido de esperanza y de futuro, que en un caso será ganar la liga y en otro el encuentro con el Cristo. Todas las canciones carismáticas expresan una alegría especial, algunas incluso parecen cantos de otra orilla, como cantadas en el más allá y, entre ellas, las mejores se expresan en futuro, como lo hace la más emblemática de todas: *Alabaré*.

2) Para vivir la encarnación

La memoria histórica de nuestro caminar en Maranatha nos debe hacer valorar la encarnación que nos otorga. El anclaje en lo real de una comunidad de oración tiene que tener en cuenta su memoria histórica, para vivir una fe real y encarnada en los hechos y acontecimientos. Para vivir el Cristo de la fe es necesario el anclaje con el Cristo histórico para que esa fe no sea mito o invención. El intento de escamotear la humanidad de Jesucristo y, por tanto, su encarnación, es peligroso. Maranatha sin su historia es un simple grupo de devotos. Para que nuestra fe no sea un escape de alumbrados y visionarios tiene que anclarse en una historia concreta guiada en primer lugar por el sentir de la Iglesia y en segundo lugar por nuestra propia tradición, una tradición que ya ha dado sus frutos y que desea profundizarlos en el caminar del futuro. Maranatha en treinta y seis años de existencia ha vivido una fe irreprochable desde el punto

² Cfr. San Agustín CCL 41, 424-426

de vista teológico, que ha dado a luz personajes eximios que han muerto en olor de santidad. Y no sólo eso, sino que su influencia, por ser uno de los portavoces cualificados de la Renovación carismática, aunque sea difícil de cuantificar, se presume importante para la renovación espiritual de nuestra Iglesia española.

Yo no puedo pensar a Maranatha como un ente abstracto fuera de la comunidad concreta que la compone. En ese grupo yo he descubierto un pueblo, me he sentido comunidad, he vivido la comunión, me he relacionado con centenares de rostros reales, he entrado en contacto con vidas, unas alegres y otras rotas, he sentido el cariño y el calor de la amistad, he compartido el dolor y la pobreza. Ese grupo ha sacado de mí lo mejor que tengo, he aprendido a quererle y a sufrirle, me ha humanizado, he compartido los testimonios de vida más profundos, he disfrutado del gozo de tener hermanos, cada miércoles me he dado en él un baño de pueblo. En ningún otro grupo he vivido una intimidad tan gratificante ni siquiera en las diversas parroquias por las que he pasado. Éstas, y otras muchas cosas semejantes, me han hecho vivir mi encarnación a tope. Cada uno de los rostros vivos o difuntos con los que me he encontrado a lo largo de los años forma parte entrañable de mi memoria histórica de Maranatha.

Si paso ahora a la parte espiritual, la riqueza que me ha proporcionado el grupo se ensancha en todas las direcciones. Lo primero que quiero decir es que esas personas de las que hablo me han sido regaladas gratuitamente, no las he merecido, son un don del cielo. Se me han dado para descubrir y vivir con ellas el cuerpo y la humanidad de Cristo. Nada hay tan importante en esta vida como descubrir a Cristo, lo cual no acontece fuera de una comunidad que hace Iglesia. Los hermanos con Cristo son la única puerta de entrada al cielo. Este es mi máximo motivo de agradecimiento.

El grupo me ha dado, además, una experiencia viva del Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús resucitado. Esto me ha llevado a saborear sus dones, sus frutos y sus carismas en mí y en otros hermanos. Entre los dones destaco el de piedad, que es el don que me hace estar a gusto en Maranatha pese a todas sus carencias. Miércoles tras miércoles, en retiros y asambleas, he podido disfrutar de este don con mis hermanos. Gracias al grupo he podido vivir mi pobreza, sin abochornarme, junto a las pobrezas de mis hermanos, imprescindibles para la acogida de la gratuidad. Con los hermanos he podido celebrar el misterio de la Eucaristía, experimentar la gracia de la predicación, que es el carisma de mi Orden, y consolidar mi esperanza en la resurrección. Todo esto me hace ver que fuera del seno de una comunidad no sucedería en mí la encarnación del hijo de Dios. Hablaría de ella como se habla de un mito. Es cierto que la Renovación no es mi única encarnación, tengo la de la orden dominicana a la que pertenezco. También sobre ella podría decir cosas maravillosas. Lo bello es que no se interfieren ni se estorban sino que se complementan y fecundan. Para otros la encarnación es familiar, laboral o de cualquier otra índole.

3) Fidelidad

La memoria histórica de nuestro caminar en Maranatha nos debe hacer muy sensibles a la fidelidad. La salvación es algo gratuito pero exige la fidelidad del día a día, la cual, aunque sea gracia también, implica un esfuerzo personal. Nada es nuestro pero todo sucede en nosotros y nos tenemos que prestar a ello incluso con nuestra colaboración humana, ya que la gracia no nos transforma en robots. Ahí es donde podemos fallar. No podemos salvarnos pero sí podemos condenarnos. Esta fidelidad no es abstracta como ninguna de las cosas de Dios sino que se da utilizando mediaciones. En primer lugar hay que ser fieles a la Iglesia, que nos introdujo en el Reino mediante el bautismo. Existen además otras muchas fidelidades y para nosotros una muy especial es la fidelidad a este bello grupo de Maranatha al que el Señor nos ha traído. Este pueblo es una gran mediación para llegar a Dios. Yo estoy totalmente agradecido por haber sido llamado a él. Ser fieles a él incluye estar dispuestos a la marcha, a la peregrinación, a la aventura de la fe, al caminar hacia donde el Señor nos quiera llevar.

El peligro está en la instalación, es decir, en el hacer del grupo un pasatiempo que nos soluciona el problema del vacío en la tarde del miércoles. Se nos pueden pegar actitudes confortables y burguesas que hacen degenerar el crecimiento y transforman el grupo en otra cosa. En ese caso pronto perderemos el amor a la comunidad, dejaremos de sentirla y en vez de servirla y servir al Señor en ella, la utilizaremos para nuestros fines. En caso de conflicto, como el que hemos vivido, sufriremos mucho pero no siempre con un sufrimiento limpio referido al Señor. Algunos tenían miedo de que todo se hundiera y llegara incluso a desaparecer el grupo, con lo que los miércoles no tendrían qué hacer. No condenamos estas cosas pero es bueno ponerlas en su lugar. Necesitamos a la comunidad y a los amigos y el compartir. Es más, a veces, sobre todo en los primeros años, nos puede atraer más el rato de compartir con los hermanos que la búsqueda del Señor. No hay que escandalizarse de ello ya que somos de carne y hueso; ahora bien, la perseverancia nos irá llevando a lo largo del tiempo a una purificación de intenciones dejando a cada cosa en su sitio.

Durante ciertos años a mí me pasó lo que acabo de decir. Mi pobreza en este sentido llegó incluso a incomodarme, no sintiéndome honesto y sincero con Dios. Sin embargo, mi forma de comportarme me ha ayudado a entender muchas cosas. Dios siempre tiene tiempo y nos va llevando según nuestra psicología y circunstancias. Este amor humano a la comunidad, al purificarse, me ha hecho entender la necesidad que tenemos unos de otros para caminar los caminos del Señor. La comunión que se lleva a cabo en un largo proceso de reconciliación es la que hará que Cristo habite plenamente en nosotros. Esta reconciliación incluye la memoria histórica de personas, hechos, roces, conflictos, injusticias y todo lo que queramos... cualquier cosa menos la ruptura.

Si uno se sale del campamento ¿a qué se agarra? Se ha quedado sin pasado. ¿Comenzar de nuevo una larga travesía?

4) Amoldar la comunidad

La memoria histórica de nuestro caminar en Maranatha nos debe preservar de la tentación de amoldar la comunidad a ideologías de tipo religioso, político o teológico al uso. Tenemos una identidad. El Jesús histórico ha sido objeto de muchas manipulaciones queriendo hacer de él un político, un guerrillero, un libertador. Cito un ejemplo: “Nadie podrá superar jamás a Jesús. El culto a su persona lo mantendrá eternamente joven. La leyenda de su vida arrancará ríos de lágrimas; sus sufrimientos traspasarán los más nobles corazones; todos los siglos proclamarán que, entre los hijos de los hombres, no ha habido nadie mayor que Jesús”.

Este párrafo parece brotado de un amor incandescente. Sin embargo, para Renán, que es el autor, Jesús es pura leyenda y, ahí, en esa fantasía, es el más bello entre los hombres. El sueño más hermoso que ha tenido la humanidad; ni hombre ni Dios, un mito encantador. Renán fue un manipulador: parece que ensalza a Jesús pero en realidad se dedicó a destruirlo para ganarse la vida y adquirir renombre en la Francia del siglo XIX. Schwaitzer dice: “Los racionalistas describen a Jesús como predicador moral, los idealistas como la quintaesencia del humanismo; los estetas lo ensalzan como el genial artista de la palabra; los socialistas lo ven como el amigo de los pobres y el reformador social ³. Sin embargo, Jesús es lo que es y su realidad siempre nos vendrá dada en el cuerpo de Cristo, que es la comunidad y, en sentido más amplio, la Iglesia. Los que hablan de Cristo fuera de la comunidad y de la Iglesia son unos simples charlatanes.

Maranatha, a su nivel, debe estar atenta a cualquier mistificación de este tipo. Ha sido descrita como el buque insignia de la Renovación carismática, por lo que debe estar siempre por encima de sí, amando a la Renovación y, por tanto, a Jesucristo, más que a sí misma. Esto quiere decir que debe custodiar las esencias más genuinas de nuestra Renovación evitando cualquier frivolidad. No se debe amoldar, pues, a la ideología de las obras y del activismo e incluso tampoco a opiniones diversas dentro de la propia Renovación. Nuestra memoria histórica nos debe servir de timón para no caer en veleidades huera y vacías. No estamos, pues, para cuidar enfermos, ni para hacer algo en la parroquia, ni para comprometernos en la acción social. Hacerlo sería traicionar su identidad, que no es otra que aspirar a la experiencia de Jesús resucitado como Señor en sus dones, carismas y frutos. La cuestión de los frutos eclesiales de esta experiencia no nos pertenece, lo que nos incumbe es agotar la experiencia de

³ A. Schwaitzer, *Von Raimarus zu Wrede....*, 631

Jesús. El grupo es una escuela de santidad con la novedad de una experiencia viva de la gratuidad que el mundo necesita. Pueblo místico y contemplativo en el mundo. Cada uno de nosotros en particular será utilizado después por el Espíritu Santo según sus fines. Me diréis: este es el ideal de un convento de clausura. Sí, pero en el mundo y entre personas seculares. Aquí radica la gran novedad.

Debemos cuidar también la tendencia al devocionismo y, si ejercitamos alguna devoción, que sea desde el don. Lo mismo cualquier práctica moralista. Ni ayuno ni sacrificios, a no ser desde el don, o desde el corazón. Maranatha, en cuanto tal, no debe tampoco enrolarse en pastorales diocesanas u oficiales. Estas cosas se pueden hacer a título personal o como miembros de una parroquia pero no como comunidad carismática. Los que se han dado a sí mismos estatutos y se han constituido en asociación privada tienen crudo cumplir con este ideal. Nosotros queremos seguir siendo sal y fermento dentro de la Iglesia, no como una parte de ella sino diluidos en su interior. Cuando falla algo de esto, pronto brota el conflicto en pro de una renovada fidelidad, como lo hemos visto claramente.

Maranatha lleva muchos años defendiéndose del activismo y de cualquier clase de compromiso social. Se nos pueden aplicar aquellas frases: *Los judíos buscan señales y los griegos sabiduría pero nosotros no ofrecemos otra cosa que a Cristo crucificado, escándalo para unos, necedad para los otros, y fuerza para los que lo experimentamos* (1Co 1, 22-25). ¿Qué nos pueden exigir? Experiencia del don, en especial del don gratuito de la salvación. Somos una comunidad de salvados en Jesucristo. Conocemos el orden y la prioridad de los valores.

Hace poco me llamó un señor desde Andalucía. Está muy metido en el mundo eclesial. Se quejaba de que en sacristías, rectorales y conventos nadie conocía al jefe, es decir, a Jesucristo. Si pregunto por él me mandan al compañero o al encargado, pero al jefe nadie le ha visto ni saben nada de él. Nadie sabe nada, me decía, ni de Jesucristo ni de su Espíritu y ya me resulta pesada la chulería de los subalternos. Yo me reí pero pensé, como él, lo importante que es conocer y tener trato con el jefe. Sin el jefe no hay identidad ni memoria histórica. Cada subalterno campa a sus anchas.

Maranatha es un pueblo que, en su ya largo recorrido histórico, ha conocido al jefe de continuo. Si alguna vez algún subalterno lo oscureció pronto vino el conflicto. La razón es que la memoria histórica actúa como centinela y, de vez en cuando, enciende las alarmas. Maranatha se ha dejado llevar siempre por el Espíritu Santo y este nos ha conducido a la presencia del jefe, Jesucristo, presente en medio de nosotros vivo y resucitado. Olvidar al jefe o camuflarlo

enciende todos los chivatos de la memoria histórica. Esta, en Maranatha, tiene una doble versión: la realizada en la praxis y la expresada en la teoría, sobre todo en la predicación y en los escritos.

Maranatha constantemente ha funcionado, para decirlo con palabras de Benedicto XVI, con la lógica del don y el principio de gratuidad ⁴. En estos dos pilares se ha basado su expresión teórica. Lógica del don quiere decir que hemos sido guiados por el instinto del Espíritu, no por nuestros cálculos racionales. La lógica de un grupo así, elevado a nivel de don, no procede de la razón sino del Espíritu Santo, que actúa mediante sus dones y carismas, ungiendo la mente y el corazón. En nuestra memoria histórica permanece imborrable el día de nuestra efusión, el día que comenzamos a orar en lenguas, el día que sentimos una oración, una canción o una predicación ungida. Todos estos síntomas pertenecen al nivel del don. Cuando nos guiaba nuestra razón religiosa nunca oramos en lenguas ni supimos jamás lo que era la unción.

El principio de gratuidad es la más bella joya de la corona de Maranatha. Su predicación y sus escritos han insistido hasta la saciedad en su necesidad. Es la gran experiencia de este grupo, es la que ha hecho santos a muchos de sus difuntos, es lo que ha hecho de Maranatha buque insignia, es el más bello don y el carisma intimísimo que nos ha constituido pueblo. El kerigma en Maranatha siempre ha resonado con acento de gratuidad. El amor de Maranatha a Jesucristo se ha basado invariablemente en el anuncio de su salvación gratuita realizada en la cruz y acogida en nuestra pobreza y en nuestro pecado por obra del Espíritu Santo. Somos un pueblo de absoluta misericordia, elegidos cuando éramos pobres, débiles, inútiles e impotentes.

La gratuidad, de por sí, crea relaciones distendidas y saludables en las que cabe la alegría de la espontaneidad y el gozo del Señor. La gratuidad hay que exigirla gratuitamente, sin agobiar a nadie. Todo lo que huelga a imposición, seriedad, mandato, ley, obediencia, pertenece a otras vocaciones. Nosotros estamos llamados a hacer una experiencia de gratuidad inédita en los últimos siglos. Hay que tener mucho coraje para asumir una vida espiritual en ese vacío, confiando sólo en el Señor. La seguridad humana no está en el dejarse hacer sino en las obras, sacrificios y méritos. Este vacío se transforma en crisol en el que se purifican todas las tendencias malsanas de nuestro yo pecador. Sólo al Espíritu Santo le compete trabajar en ese vacío. A mí no se me ha dado percibir de otra forma el amor a Jesucristo a no ser dejándome querer y actuar por él hasta que pueda decir: *Es Cristo quien vive en mí*.

⁴ Encíclica *Caritas in veritate*. Esta encíclica dice que incluso en la economía debe prevalecer la lógica del don y el principio de la gratuidad para que el obrar humano no acapare en su frialdad las relaciones económicas.

Estas realidades espirituales constituyen el núcleo indeclinable de nuestra memoria histórica, llamémosla teórica, que se prolonga en nuestra realidad actual. Atentar de cualquier manera contra ella, aunque sea de una manera inconsciente, provoca una crisis inmediata, que se puede prolongar años larvadamente, pero que al final estalla con todo su rigor. No son idolatrías o liderazgos o ganas de poder lo que está a la raíz de una movida como la que acabamos de pasar, es la sensibilidad de un pueblo que clama por lo que es suyo. Tenemos una manera de vivir la fe desde hace treinta y seis años en la que hemos encontrado vida y de la que no podemos abdicar. En ella están implicados también muchos personajes y muchos maestros que forman parte aún viva de nuestro recuerdo. Cuando el Espíritu Santo suscita algo nuevo es para lanzar a su Iglesia un mensaje original y todo lo original compromete aunque duela y segregue. La seguridad la recibimos de la fe que experimentamos en él cada día y que nos atestigua nuestra memoria histórica.

Nuestra praxis igualmente aparece nítida. La forma y los principios de nuestro vivir en común se nos hacen claros también a lo largo de los años. Hemos leído y nos hemos dejado enseñar por nuestros acontecimientos. Hemos visto lo siguiente: Maranatha no es un grupo llamado a practicar carismas espectaculares de sanación ni de evangelización. Creo que se evangeliza mucho desde Maranatha, mas de una manera muy sobria y tradicional, a saber, con el testimonio personal boca a boca, los seminarios, las charlas, los libros, internet. Los carismas que acompañan a la evangelización, de los que habla San Pablo en 2Co 12,12: *señales, prodigios y milagros*, no se han dado de una manera llamativa entre nosotros hasta ahora. No obstante, ha habido palabra predicada, profundamente sanadora, y que ha logrado formar una espiritualidad y un pueblo de alta calidad interior. Esta falta de vistosidad ha producido ciertos complejos entre nosotros. De ahí brotaron varios intentos de cambiar nuestra hoja de ruta. Yo puedo dar fe de hasta seis rupturas que ha habido en Maranatha por el tema de los carismas, cosa que por otra parte todos deseábamos tener. En todas estas ocasiones un cierto número de personas se fue de Maranatha, montaron un grupo nuevo donde previsiblemente deberían haber aparecido muchos carismas pero acabaron siendo protagonistas de lo que el viento se llevó.

Hubo durante cuatro años una experiencia de predicación en el parque del Retiro, al aire libre, los domingos a media mañana. Yo asistí a muchas de esas reuniones. La verdad es que fue bien acogido por la gente que nos escuchaba. Nunca sentimos el fracaso. Una vez, al darnos la mano para rezar el padrenuestro, nos llegamos a juntar ciento noventa personas. A pesar de lo bien que marchaba ese intento de hacer algo distinto, se murió por sí solo y no se ha vuelto a reeditar. Todo esto hasta ahora; no sabemos de aquí en adelante. Lo

que procede es estar siempre a la escucha y probarlo todo para quedarnos con lo bueno. Es posible que esta larga experiencia de gratuidad estalle cualquier día e inunde espacios en la Iglesia hasta ahora desconocidos e incluso resistentes. No sería extraño si las cosas llegan a su verdadera madurez.

Nuestra praxis, acorde con el carisma básico del anuncio del kerigma, es sobria. Incluso los ministerios que ahora proliferan tardaron muchos años en ser acogidos entre nosotros. El pueblo se defendía de que fuéramos infectados a través de ellos por la excitación del hacer. Es como un milagro que Maranatha se haya mantenido tantos años en un vacío de resultados tangibles. Otras Renovaciones blasonan de llenar estadios, de masas en eucaristías de sanación, de su gran número de miembros. Nuestra apariencia es mucho más humilde aunque yo la creo de gran profundidad espiritual. Cuando algunos hermanos con el P. Borragán y un servidor comenzaron a escribir los primeros libros había en Maranatha un ambiente de desasosiego. Una gran experiencia sin formular es como un edificio sin columnas o un árbol sin tronco; parece que no se puede sostener. Por eso todo el mundo miraba y buscaba literatura carismática en el extranjero sin poder saciarse de verdad. Actualmente esa fiebre ha desaparecido ya que Maranatha ha producido lo que hasta ahora hemos necesitado.

Para nosotros la memoria histórica es un lugar teológico, es decir, el lugar donde nos habla el Señor. Otros movimientos o asociaciones tienen un fundador dotado de un carisma en el que se incluye el objetivo, las directrices y la estrategia que ha de ser después desarrollada por los miembros de esa comunidad. Nosotros, por el contrario, sin fundador, sin ruta previa, sin objetivos concretos caminamos, como Israel en el desierto, hacia una tierra de promisión que sólo Dios conoce. Es maravilloso caminar en fe pero te tiene que ser revelado porque si no el desconcierto y la rebeldía dominarán continuamente el panorama. Por eso Maranatha, para sostenerse, tiene que ser un pueblo de revelación y de escucha.

Hay un texto en la memoria histórica de la Iglesia que me impresionó ya siendo joven estudiante dominico. Es de la primera época de las persecuciones, en tiempos de Nerón. Lo trasmite Tácito, historiador pagano, y dice así: “Para acabar con este rumor (que atribuía el incendio de Roma al emperador), Nerón tachó de culpables y castigó con refinados tormentos a esos que eran detestables por sus abominaciones y que la gente llama cristianos. Este nombre les viene de Cristo, que había sido entregado al suplicio por el procurador Poncio Pilatos durante el principado de Tiberio. Reprimida de momento, esta detestable superstición surgía de nuevo no sólo en Judea, donde había nacido aquel mal, sino también en Roma, en donde desemboca y encuentra numerosa clientela todo lo que hay de más criminal y vergonzoso en el mundo. Empezaron, pues, a

apresar a los que confesaban su fe; luego, basándose en sus declaraciones, apresaron a otros muchos que fueron convictos no tanto del crimen de incendio como de odio contra el género humano. No se contentaron con matarlos; se ideó el juego de revestirlos con pieles de animales para que fuesen desgarrados por los dientes de los perros o bien los crucificaban, los embadurnaban de materias inflamables y, al llegar la noche, ellos iluminaban las tinieblas como si fueran antorchas ⁵".

Es un orgullo pertenecer a una sociedad contra la que el mundo y el infierno han luchado de una manera tan feroz. El hecho de acusar a los cristianos de odiar a la humanidad se ha convertido después de veinte siglos en la joya más preciada de su memoria histórica. Yo me alegro de pertenecer a esa estirpe de gente que, fortalecida por una gran esperanza, han acrisolado como nadie la fidelidad. Sus verdugos no lograron intuir que los que odiaban al género humano eran ellos. Doscientos años después de martirios tan atroces las víctimas impusieron en el Imperio romano un nuevo orden de amor y de esperanza en el mundo. Bendita sea su gracia, su don y su fidelidad. ¿Dónde están ahora sus detractores? ¿Dónde están los que a lo largo de los siglos han chillado exasperados contra la cruz de Cristo? Nadie pudo atemorizar, de verdad, a los que a lo largo de este tiempo recibieron la gracia de lo alto.

Maranatha, a su pequeño nivel, necesita identificarse con la cruz de Cristo que su gracia, su don y su recorrido llevan consigo. Nada importa gran cosa porque la alegría entre nosotros siempre es más honda que la pena. Lo experimentamos cada miércoles en la alabanza. Somos un pueblo alegre donde la sonrisa, el abrazo y el cariño superan con creces a la crisis y al sufrimiento. Sumergidos, pues, en la gran memoria histórica de una Iglesia de mártires y héroes nos gloriamos y celebramos cada día las palabras con las que se inicia esta gran aventura que hacen bella y trascendente la gran memoria histórica del cristianismo que se inicia con estas palabras: *Haced esto en conmemoración mía, en memoria mía, en recuerdo, actualizado cada día, de mi pasión, muerte y resurrección.*

Chus Villarroel O.P.

Febrero 2010

⁵ Tácito, *Anales*, XV, 44